

El carriel del señor olvido



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación



Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96520-4-8
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Tania Flórez Henao

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

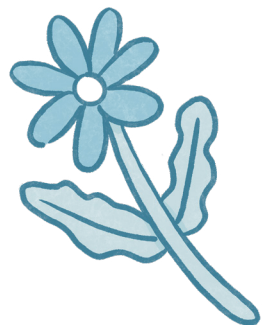
Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36–66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





El carriel del
señor olvido

En el pequeño pueblo de Jericó, en medio de las montañas de Antioquia, cada domingo era un día especial. La plaza central se llenaba de vida con el mercado campesino, donde los habitantes se encontraban con amigos, vecinos y familiares. Entre los puestos coloridos, entre los aromas y los sabores, se destacaba el de Doña Chila, conocida por su famoso chocolate caliente. El olor espeso del cacao y la leche llenaba todo el parque, haciendo que cualquiera que pasara quisiera probar un poco.

Con su mesita siempre presente, ella atraía a todos con un toque especial: a veces añadía quesito derretido; otras veces, canela y clavos de olor. Cuando le preguntaban cuál era su secreto, Doña Chila sonreía y respondía con una voz tan dulce como el chocolate:
—Hacer que le sepa a casita, mijo.



Junto a Doña Chila, en una silla, se sentaba Don Rafael, el más anciano del pueblo. Todos los domingos, Don Rafael jugaba parqués con los niños, entre risas y rabetas, mientras les contaba historias sobre las familias del pueblo. Siempre había alguien que metía la cucharada, corrigiendo o recordando algún detalle que él había pasado por alto.



Crucita, una niña alegre que se pasaba el día sonriendo, recorría la plaza haciendo bromas y sacando carcajadas. Su risa contagiosa y su buen humor hacían que todos se divirtieran.

Mejor dicho: todos los habitantes de Jericó tenían mil historias por contar!

Sin embargo, había alguien que todos veían, pero pocos notaban: el Señor Olvido. Pequeño y silencioso, el Señor Olvido caminaba con su poncho, carriel y sombrero.



—¿Alguna vez han hablado con él? —se preguntaba la gente.

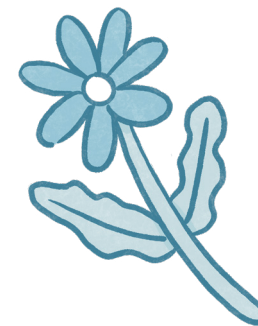
—Nunca —respondían.



Su carriel estaba lleno de pequeños objetos que habían aparecido allí, pero él no recordaba a quién pertenecían. Entre ellos, había un molinillo para batir chocolate, una matica de caléndula y una ficha de parqués. También estaba la foto de una mujer muy bonita que, al verla, le hacía sentir muchas emociones: un poco de frío, su corazón se hacía chiquito y le dolía la garganta. Guardaba estos objetos con mucho cuidado, pues sentía que eran muy importantes, aunque no recordaba por qué.

Todos los días, el Señor Olvido bajaba al pueblo con la esperanza de encontrar al verdadero dueño de los objetos en su carriel. Los domingos eran los días más tristes para él, pues todos en el pueblo parecían estar siempre muy felices, riendo y compartiendo con otros, mientras él se sentía solo, muuuuy solo.

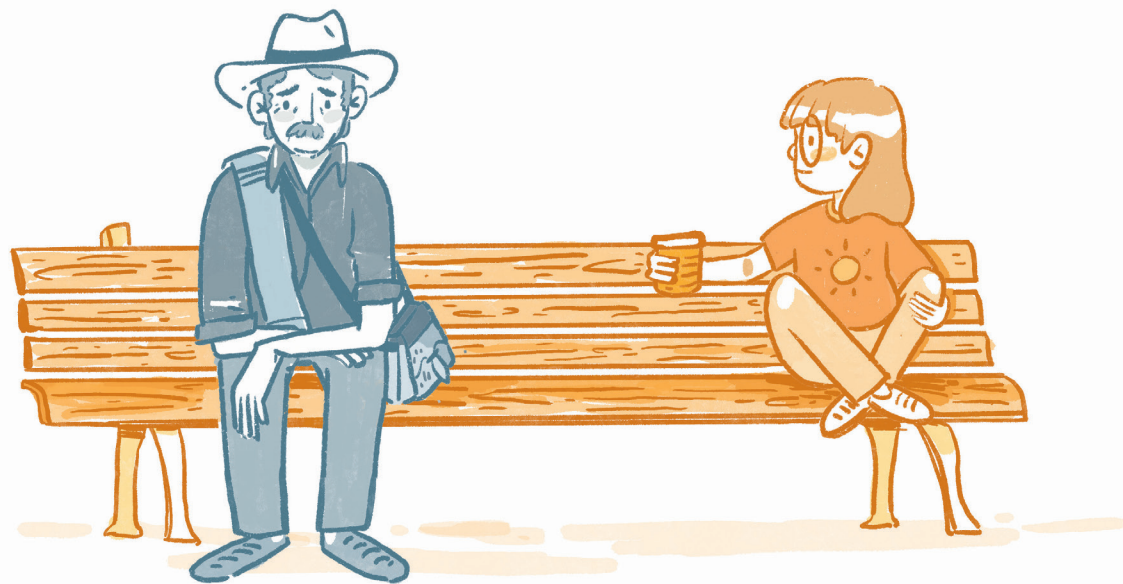
Un domingo, Crucita notó su presencia: lo vio sentado en una de las bancas del parque, muy quieto, silencioso. Y se dio cuenta de que nunca, nunca, nunca lo había escuchado decir una palabra, no conocía su voz. Decidió jugarle una broma al Señor Olvido: se acercó despacio, sigilosa, y se sentó a su lado.



—¡Hola! —dijo, pero él no respondió—. ¿Cómo está?

Nada. No decía una palabra.

Crucita estiró la mano y le ofreció un tarrito de colores, pero él no la miró.



—Es para ti —insistió.

El Señor Olvido giró su cabeza lentamente y recibió lo que la niña le daba. Puso sus dedos arrugados sobre la tapa, la retiró y... ¡serpientes de juguete saltaron por todos lados! El hombre se sorprendió, dio un salto sobre la banca, y Crucita tuvo miedo de que se enojara.

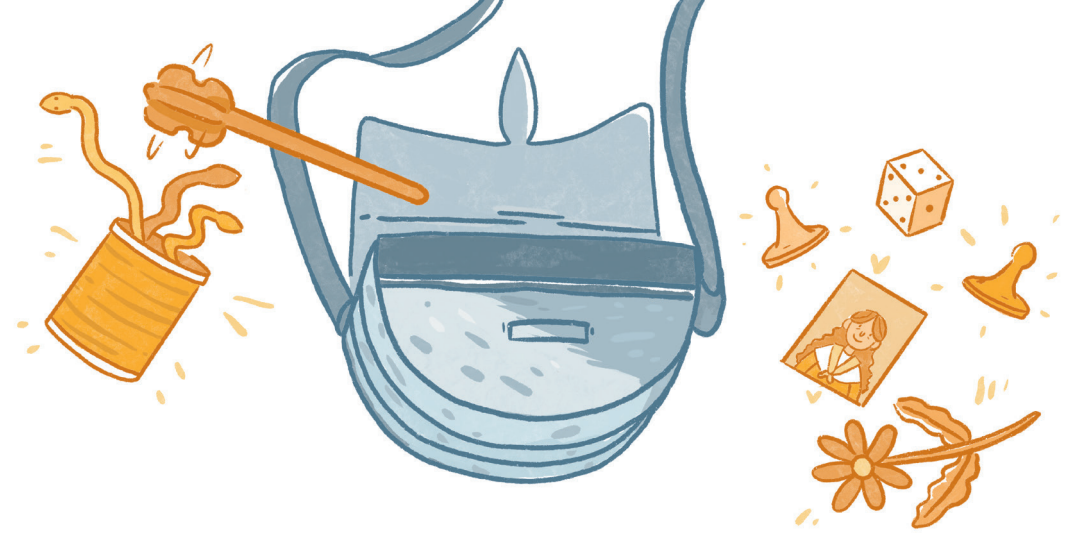
—Era una... —intentó decir la niña.

Antes de que pudiera explicar su broma, el Señor Olvido rio a carcajadas. Los ojos de Crucita se iluminaron. El hombre se veía feliz.



Cuando dejó de reír, el tarrito se fue esfumando de su mano y apareció misteriosamente en su carriel. Sorprendido, miró todo lo que había adentro. El Señor Olvido entendió que todos los objetos eran suyos, que cada cosa guardaba un pedazo de su vida.

Recordó la vez que Doña Chila le regaló un chocolate para calentarse en un día muy frío, la caléndula que le dio Don Jesús cuando tenía dolor de estómago y la ficha de parqués que ganó en un campeonato contra Don Rafael. El Señor Olvido comprendió que podía construir nuevos recuerdos al compartir con las personas del pueblo.



El hombre levantó la cabeza y miró al pueblo como si lo viera por primera vez. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado?





Descubrió que, en sus carrieles, todos los habitantes del pueblo también llevaban pequeños objetos, cachivaches que guardaban con mucho amor. Algunos objetos les hacían llorar, como una foto de alguien que habían perdido, mientras que otros les hacían reír, como algún retazo de tela que les recordaba a una travesura.

Con el tiempo, el Señor Olvido comenzó a reír un poco más con lo que veía en las calles, a hablar con los demás. Comenzó a sentirse parte del pueblo. Cada domingo, nuevos objetos aparecían en su carriel: un tiple, una taza de colores, una arepa. Se unía a las historias, juegos y risas en la plaza, e incluso corregía a Don Rafael cuando contaba las historias sobre el pueblo.

De vez en cuando comenzaba a olvidar de nuevo, pero Crucita se encargaba de jugarle otra broma, de comprarle un poco de chocolate o de contarle alguna historia. Así, el Señor Olvido traía de vuelta todo lo que había sido y lo que seguía siendo.

En el tranquilo pueblo de Jericó, los domingos siguen siendo días especiales, llenos de recuerdos compartidos y nuevos momentos por vivir. El Señor Olvido ya no estaba solo: había encontrado su lugar en el corazón de Jericó.





Si alguna vez visitas el pueblo, asegúrate de comprar un chocolate que te haga recordar.





MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación